**Presentación de Jesús en el templo** 

Lucas concluye el relato del nacimiento de Jesús narrando lo que, siguiendo la ley de Israel, sucedió con Jesús el octavo y el cuadragésimo día.

**El octavo día** es el día de la circuncisión. Por tanto, Jesús es acogido formalmente en la comunidad, de las promesas, que proviene de Abrahán. Ahora pertenece también jurídicamente al pueblo de Israel. Pablo alude a esto cuando escribe en la Carta a los Gálatas: «*Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción*» (4,4s). Junto a la circuncisión, Lucas menciona explícitamente la imposición del nombre previamente anunciado, Jesús —«*Dios salva*» (2,21)—, de modo que, a partir de la circuncisión, la mirada se dirige hacia el cumplimiento de las esperanzas que forman parte de la esencia de la alianza.

En **el cuadragésimo día** hay tres acontecimientos: la «purificación» de María, el «rescate» del hijo primogénito Jesús, mediante un sacrificio prescrito por la Ley y su «presentación» en el Templo.

En el relato de la infancia en su conjunto, y también en este pasaje del texto, se puede reconocer fácilmente el fundamento judeocristiano que proviene de la tradición familiar de Jesús. Pero se puede ver, al mismo tiempo, que ha sido elaborado por alguien que escribe y piensa según la cultura griega, y que se ha de identificar lógicamente en el mismo evangelista Lucas. En esta redacción se pone de manifiesto, por un lado, que su autor no tenía un conocimiento preciso de la legislación veterotestamentaria y, por otro, que su interés no se centraba en los detalles, sino que se orientaba más bien al núcleo teológico del acontecimiento, que es lo que pretendía demostrar ante sus lectores.

En el *Libro del Levítico* se establece que una mujer, después de dar a luz un varón, es impura (es decir, excluida de las prácticas litúrgicas) durante siete días; al octavo día el niño ha de ser circuncidado, y la mujer deberá quedarse en casa todavía treinta y tres días para purificar su sangre (Lev 12,1-4). Después debe ofrecer un sacrificio de purificación, un cordero como holocausto y un pichón o una tórtola como sacrificio expiatorio. Los pobres sólo tienen que ofrecer dos tórtolas o dos pichones.

María ofreció el sacrificio de los pobres (*Lc* 2,24). Lucas, cuyo Evangelio está impregnado todo él por una teología de los pobres y de la pobreza, nos da a entender aquí, una vez más de manera inequívoca, que la familia de Jesús se contaba entre los *pobres de Israel*; nos hace comprender que precisamente entre ellos podía madurar el cumplimiento de la promesa. También aquí nos percatamos nuevamente de lo que quiere decir: «*nacido bajo la Ley*»; y qué significa el que Jesús diga al Bautista que debe cumplirse toda justicia (*Mt* 3,15). María no necesita ser purificada por el parto de Jesús: este nacimiento trae la purificación del mundo. Pero ella obedece la Ley y sirve justamente así al cumplimiento de las promesas.

El segundo acontecimiento del que se trata es el rescate del primogénito, que es propiedad incondicional de Dios. El precio del rescate era de cinco siclos (monedas de plata) y se podía pagar en todo el país a cualquier sacerdote.

Lucas cita ante todo explícitamente el derecho a reservarse al primogénito: «Todo varón primogénito será consagrado (es decir, perteneciente) al Señor» (2,23; *Ex* 13,2; 13,12s.15). Pero lo singular de su narración consiste en que luego no habla del rescate de Jesús, sino de un tercer evento, del ofrecimiento («presentación») de Jesús. Evidentemente, quiere decir: este niño no ha sido rescatado y no ha vuelto a pertenecer a sus padres, sino todo lo contrario: ha sido entregado personalmente a Dios en el Templo, asignado totalmente como propiedad suya. La palabra *paristánai*, traducida aquí como «presentar», significa también «ofrecer», referido a lo que ocurre con los sacrificios en el Templo. Suena aquí el aspecto del sacrificio y el sacerdocio.

Sobre el acto del rescate prescrito por la Ley, Lucas no dice nada. En su lugar se destaca lo contrario: la entrega del Niño a Dios, al que tendrá que pertenecer por completo. Para ninguno de los actos prescritos por la Ley mencionados, era necesario presentarse en el Templo. Para Lucas, sin embargo, es esencial precisamente esta primera entrada de Jesús en el Templo como lugar del acontecimiento. Aquí, en el lugar del encuentro entre Dios y su pueblo, en vez del acto de recuperar al primogénito, se produce el ofrecimiento público de Jesús a Dios, su Padre.

A este acto cultual, en el sentido más profundo de la palabra, sigue en Lucas una escena profética. El viejo profeta Simeón y la profetisa Ana — movidos por el Espíritu de Dios— se presentan en el Templo y como representantes del Israel creyente, dan la bienvenida al «Mesías del Señor» (*Lc* 2,26).

A Simeón se le describe con tres cualidades: es justo, es piadoso y espera la consolación de Israel. En la reflexión sobre la figura de san José hemos visto lo que es un hombre justo: un hombre que vive en y de la Palabra de Dios, vive en la voluntad de Dios, tal como está descrita en la *Torá*. Simeón es «*piadoso*», vive en una íntima apertura personal hacia Dios. Está interiormente cerca del Templo, vive en el encuentro con Dios y espera la «*consolación de Israel*». Vive orientado hacia lo que redime, hacia quien ha de venir.

En la palabra «*consuelo*» *(paráklēsis)* resuena la palabra de san Juan sobre el Espíritu Santo: es el Paráclito, el Dios consolador. Simeón es un hombre de espera y esperanza, y justamente así se posa ya ahora en él el «*Espíritu Santo*». Podemos decir que es un hombre espiritual y, por tanto, sensible a las llamadas de Dios, a su presencia. Por eso habla ahora también como profeta. En un primer momento toma al Niño Jesús en sus brazos y bendice a Dios diciendo: «*Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz*» (*Lc* 2,29).

El texto, tal como Lucas lo transmite, ya está litúrgicamente configurado. Desde los tiempos antiguos forma parte de la oración litúrgica de la noche en las Iglesias, tanto de Oriente como de Occidente. Junto con el *Benedictus* y el *Magnificat*, transmitidos también por Lucas en el relato de la infancia, pertenece al tesoro de plegarias de la Iglesia judeocristiana más antigua, cuya vida litúrgica llena del Espíritu podemos atisbar aquí por un momento. En las palabras dirigidas a Dios se califica al Niño Jesús como «*tu salvación*». En este himno se hacen dos afirmaciones cristológicas. Jesús es «*luz para alumbrar a las naciones*», y existe para la «*gloria de tu pueblo, Israel*» (*Lc* 2,32). Jesús es identificado así como el siervo de Dios, que en el profeta aparece como una figura misteriosa que remite al futuro. La esencia de su misión conlleva la universalidad, la revelación a las naciones, a las que el siervo lleva la luz de Dios.

Simeón, con el niño en brazos, tras haber alabado a Dios, se dirige con una palabra profética a María, a la que, después de las muestras de alegría por el niño, anuncia una especie de profecía de la cruz (*Lc* 2,34s). Jesús «*está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción*». Al final le dirige a la Madre una predicción muy personal: «*Y a ti, una espada te traspasará el alma*.» La teología de la gloria está indisolublemente unida a la teología de la cruz. Al Siervo de Dios le corresponde la gran misión de ser el portador de la luz de Dios para el mundo. Pero esta misión se cumple precisamente en la oscuridad de la cruz.

Aquí no se habla del pasado. Todos nosotros sabemos hasta qué punto Cristo es hoy signo de una contradicción que, en última instancia, apunta a Dios mismo. Dios es considerado una y otra vez como el límite de nuestra libertad, un límite que tiene que ser eliminado para que el hombre pueda ser totalmente él mismo. Dios, con su verdad, se opone a la multiforme mentira del hombre, a su egoísmo y a su soberbia.

Dios es amor. Pero también se puede odiar el amor cuando éste exige salir de uno mismo para ir más allá. El amor no es una romántica sensación de bienestar. La redención no es un baño de autocomplacencia, sino una liberación del estar oprimidos en el propio yo. Esta liberación tiene el precio del sufrimiento de la cruz. La profecía de la luz y la palabra de la cruz van juntas.

Este oráculo sobre el sufrimiento se hace finalmente muy concreto; una palabra dirigida directamente a María: «*Y a ti, una espada te traspasará el alma*» (*Lc* 2,35). Podemos suponer que esta frase haya sido conservada en la antigua comunidad judeocristiana como palabra tomada de los recuerdos personales de María. Allí se conocía también, basándose en dicho recuerdo, el significado concreto que tenía la frase. Nosotros también podemos saberlo, junto con la Iglesia creyente y orante. La oposición contra el Hijo afecta también a la Madre y le parte el corazón. La cruz de la contradicción, que se ha hecho radical, se convierte para ella en una espada que le traspasa el alma. De María podemos aprender el verdadero sufrimiento solidario, libre de sentimentalismo alguno, acogiendo el dolor ajeno como sufrimiento propio.

En los Padres de la Iglesia se consideraba la insensibilidad, la indiferencia ante el dolor ajeno como algo típico del paganismo. La fe cristiana opone a ello el Dios que sufre solidariamente con los hombres y así nos atrae a la compasión. La *Mater Dolorosa*, la Madre con la espada en el corazón, es el prototipo de este sentimiento de fondo de la fe cristiana.

Junto al profeta Simeón comparece la profetisa Ana, una mujer de ochenta y cuatro años que, después de estar siete años casada, vivía viuda desde hacía decenios. «*No se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones*» (*Lc* 2,37). Ella es la imagen por excelencia de la persona verdaderamente piadosa. En el templo se siente simplemente en su casa. De este modo, es realmente una mujer colmada de Espíritu, una profetisa. Puesto que vive en el templo —en adoración—, está allí cuando llega Jesús. «*Presentándose en aquel momento, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén*» (*Lc* 2,38). Su profecía consiste en su anuncio, en la transmisión de la esperanza de la que ella vive.

Lucas concluye su relato del nacimiento de Jesús, del que formaba parte también el cumplimiento de todo lo que se debía hacer según las prescripciones de la Ley (2,39), hablando del retorno de la Sagrada Familia a Nazaret. «*El niño iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él*» (2,40).

**Práctica semanal**: Meditar esta semana, con cual personaje me identifiqué más durante cada día:

*Simeón* es «*piadoso*», vive en una íntima apertura personal hacia Dios, orientado hacia lo que redime, hacia quien ha de venir.

*Ana*, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones, persona verdaderamente piadosa, colmada del Espíritu Santo, vive en adoración, está allí cuando llega Jesús. Su profecía consiste en la transmisión de la esperanza de la que ella vive.